

~El Rey Santo~

La primera vez que te vi en la frontera de Zamora eras un escándalo. Un revoltijo de pensamientos, una maraña de aventuras sin sentido. No quería dejarme llevar por esa sonrisa pícara y voz de pillo, pero me agarraste del brazo y recorrimos las calles de la villa como si fuera la primera vez. Nunca el pueblo me había resultado tan bonito, ni hablar con alguien tan sencillo. Tú me enseñabas lo que mis ojos no eran capaces de ver y me sacabas las palabras como si fueran los hilos de una rueca.

No me di cuenta de que tu habla era distinta a la mía hasta que soltaste un monólogo sobre la pobreza que no entendí en absoluto. Sin embargo, me quedé encandilada de un joven que hablaba como un adulto y reía como un crío. Me vi reflejada en ti por un momento, llena de esperanzas por un mundo en el que no tuviera que suplicarles a las chicas del burdel por pan cada día. El espejo se rompió cuando te vi subiéndote a un carruaje con escoltas a cada lado, con el porte y elegancia dignos de un noble.

Tú eras diferente.

Desde ese momento me fijé más en mi alrededor e imité el aspecto de mi entorno: acorté mi falda y alargué mi escote. Fue todo un éxito, los hombres se acercaban como la miel y no tuve que pedir más dinero para sobrevivir un día más en el pueblo.

~~~~~

Me prometiste que irías a verme una vez por semana, pero cada vez eran menos tus apariciones. El burdel estaba lejos de la capital, y Peleas de Arriba carecía de luz cuando tú y tu alegría no alumbraban las calles. Ansiaba volver a ser un oasis donde escaparas de tu ajetreo, aunque tú aseguraras que no eran más que gajes y desventuras. Siempre tan despreocupado, tan firme en tus convicciones...

No obstante, estabas más guapo después de meses sin vernos. Tu pelo había crecido y tus ojos brillaban más que nunca.

—Pasaré un tiempo hasta que nos volvamos a ver. Tengo que irme de Zamora.—  
Anunciaste con simpleza, aun sabiendo que mi corazón se estaba fragmentando.

Y no es que no confiara en que volvieses a verme, siempre volvías. Es que cuando un hombre dice eso en época de guerra, es para no volver.

~~~~~

Disimulé los rastros de lágrimas con maquillaje blanco en mis mejillas. Quería estar radiante. Sin embargo, llegaste como si pudieras ver a través de mí, descubriste mi tristeza y me envolviste con tus brazos. Nuestras manos se entrelazaron, nuestras piernas se enredaron y ocupamos la cama que había sido usada por tantos hombres. Contigo fue especial.

Tus labios sabían a mármol, tu piel a seda y tu sonrisa se grabó como un sello en una carta.

—Espera por mí.—Aseguraste.

Sin ti, el pueblo estaba triste. El cielo se oscureció tras tu partida, las trompetas resonaron en todo el reino y, si observabas el horizonte con la suficiente atención, se podía ver cómo el cielo se diluía en las llamas de una guerra devastadora.

Las noticias de la batalla volaban con el viento, arrasando todo a su paso como un vendaval. Temía el salir a la calle por temor a que alguien me diera la nueva de tu muerte. Nunca imaginé que una sola persona pudiera cambiar el rumbo de una vida de forma tan radical, y sin embargo, apareciste como un huracán que arrasó todo a su paso. No supe cómo recomponer los pedazos que hiciste volar. Tú eras la pieza que faltaba, y se estaba quemando poco a poco.

~~~~~

Habían pasado diez años y apenas te reconocí. La capital rebosaba alegría, los juglares cantaban gestas de batallas fantásticas y los banderines anunciaban que el mercadillo llegaba a la ciudad. En un palco y rodeado de caballeros, un hombre con armadura de plata saludaba a una multitud que celebraba victoria contra los almohades. No supe que fuiste el hijo de Alfonso IX hasta que toda Castilla coreó tu nombre como un himno. Tampoco que tenías una hermosa mujer noble y tres hijos que contagiaban la alegría que tú hace años, tantos que me había olvidado.

Castilla estaba en auge y mi corazón hecho añicos. En el pueblo volvió a salir el sol, pero ya no brillaba como antes. Las calles se volvieron aburridas y sombrías, y empecé a convencerme de que no debía de ver más allá de mis capacidades si no quería que estas me consumieran por dentro.

~~~~~

Has regresado a la villa a solas, sin guardas ni servidumbre. Tu vestimenta es sencilla, tu pelo está alborotado y vuelvo a ver al hombre del que me enamoré tiempo atrás, cuando la guerra no oscurecía el cielo. Has vuelto a mi establecimiento y no te molestas en preguntar por mí, ya que serías capaz de reconocerme de entre un millón de personas.

Clavas tus ojos en los míos y siento que un escalofrío me recorre la nuca, como dedos fríos acariciándome sin permiso.

—He vuelto, como prometí.—Dices, y tu sonrisa brilla con luz propia.

Me acerco y te miro con seriedad, sin dejarme cautivar por tu ángel y tu elegancia. Después le atesto una bofetada al rey de Castilla y los ciudadanos de Zamora que frecuentan el burdel se quedan boquiabiertos. No pienso en lo que hago, y golpeo tu pecho mientras las lágrimas mojan mis carrillos.

Me agarras de las muñecas y me besas sin dejar tiempo a que mi mente lo procese. Siento el revoloteo de tus pestañas en mi mejilla y cómo tu saliva se hace una con la mía dentro de mi boca. Vuelvo a evocar viejos momentos y esta vez... no me detengo en los detalles.

Eres un rey y yo una plebeya. Y aunque un mundo de diferencia nos separa te tengo en mi reino, entre mis sábanas, y solo por esta noche olvidaré la traición y el odio que me das para dar paso a un nuevo día. Solo porque odio la forma en la que me hablas, la forma en la que lees mi mente, la forma en la que me mientes... y en la que me haces reír. Cuando me haces llorar... te odio tanto que me enferma. Pero lo que más odio...

Es que no te odio